

VOCES

consejo editor JUAN BARJA
FÉLIX DUQUE
JOAQUÍN GALLEGO
FERNANDO GUERRERO
JULIÁN JIMÉNEZ HEFFERNAN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© FRANCISCO FUSTER GARCÍA, 2020
del prólogo y selección de textos

© ABADA EDITORES, S.L., 2020
Calle del Gobernador, 18
28014 Madrid
WWW.ABADAEDITORES.COM

diseño SABÁTICA

producción GUADALUPE GISBERT

ISBN 978-84-00000-00-0

IBIC DNF

depósito legal M-0000-2020

preimpresión ESCAROLA LECZINSKA

impresión COFÁS, INDUSTRIAS GRÁFICAS

ANTONIO MACHADO

Consejos y aforismos

edición de
FRANCISCO FUSTER



UNA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Francisco Fuster

En verdad, hay razones para pensar que Juan de Mairena, al contrario de lo que dice de sí mismo, o Antonio Machado dijo por él, fue el menos apócrifo de los profesores...

JOSÉ SARAMAGO

Aunque no lleva colofón, es probable que la primera edición de *Juan de Mairena: sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* saliese de la imprenta en agosto o septiembre de 1936, lo que explicaría la mala distribución que la editorial Espasa-Calpe pudo hacer de la obra en un contexto marcado por el estallido –apenas unas semanas antes– de la Guerra Civil española. Independientemente de la fecha exacta, lo cierto es que dicha publicación fue, por un lado, el resultado final de un largo período de reflexión y de gestación, que había empezado muchos años antes y que siguió después, con los artículos de prensa –incluidos los del llamado «Mairena póstumo»– que aparecieron durante la guerra y que su autor jamás vio editados en forma de libro. También de

un intenso esfuerzo de selección y destilación, pues, como ha señalado Rafael Alarcón, los textos en prosa que Machado publicó son solamente «la punta del iceberg de una masa oculta formada por su escritura privada, a través de la cual su autor madura sus ideas y su escritura, su pensamiento y su poética»¹.

Como ha señalado la crítica, el origen de los textos recopilados en aquel volumen se remonta muy atrás en el tiempo, si no al período soriano de Machado (1907-1912), sí, como mínimo, al de su estancia en Baeza (1912-1919), en cuyo Instituto de Bachillerato ejerció como profesor de francés durante varios años. En las colaboraciones periodísticas machadianas de aquellos años ya se detectan temas e inquietudes que fueron tomando forma a partir de los década de los veinte, cuando adquirieron carta de naturaleza los heterónimos en los que convergieron y se fundieron todos los apócrifos o «complementarios» que el autor de *Campos de Castilla* había ido construyendo: el poeta y filósofo Abel Martín (Sevilla, 1840-Madrid, 1898), y su discípulo y biógrafo, el profesor de Gimnasia y de Retórica, Juan de Mairena (Sevilla, 1865-Casarego de Tapia, 1909). En el caso concreto de Mairena, su primera

aparición tuvo lugar en 1926, cuando Machado publicó en *Revista de Occidente* una serie de poemas y reflexiones atribuidas al apócrifo Abel Martín. En el párrafo final de aquel texto, el autor revelaba la existencia de un segundo poeta, a quien debíamos «una aguda crítica»² de la producción del primero. Dos años después, en la segunda edición de sus *Poesías completas* (1928), encontramos las primeras cavilaciones mairenianas sobre Poética y Metafísica. La siguiente –y, digamos, definitiva– aparición de Mairena se produjo ya en noviembre de 1934, cuando en las volanderas hojas del *Diario de Madrid* apareció la primera entrega de las sentencias de Juan de Mairena que Machado fue publicando regularmente en dicha cabecera y, a partir de noviembre de 1935, en el periódico *El Sol*. Esas son las colaboraciones que más tarde reunió, ya convertidas en capítulos, en el citado libro de 1936.

La pregunta sobre el porqué Machado decidió valerse de estos apócrifos para trasladarnos sus impresiones, en vez de hacerlo él mismo –digamos– en primera persona, no tiene una única respuesta. Se ha dicho que, al tratarse de textos en prosa, y no de poemas en verso, el recurso al heterónimo sería «el modo oblicuo y pudoroso

1 Rafael Alarcón Sierra, «Antonio Machado, nuestro contemporáneo», *Turia: revista cultural*, n. 104, noviembre de 2012-febrero de 2013, p. 133.

2 Antonio Machado, «Cancionero apócrifo. Abel Martín», *Revista de Occidente*, tomo XII, abril-mayo-junio de 1926, p. 300.

en que Machado hace filosofía, desapareciendo por timidez bajo la máscara de Abel Martín y Juan de Mairena»³. Por otro lado, Antonio Fernández Ferrer ha defendido que Machado hizo morir a ambos personajes sobre la cuarentena (edad que, más o menos, tenía él cuando los imaginó), de forma prematura, pero claramente intencionada, porque se trataba de dos profesores de mentalidad deliberadamente decimonónica y de gustos ajenos al siglo XX, a quienes «sólo su capacidad profética, su habilidad prospectiva, los convierte en contemporáneos nuestros». Y aunque, en principio, a Mairena se le reservó el papel de «mero apéndice de su maestro Martín», la realidad es que fueron «figuras complementarias, imposibles de deslindar»⁴ y que, a la larga, fue el discípulo y no el maestro, quién se convirtió en el heterónimo más conocido de su autor.

Desde el punto de vista formal, la obra que Machado atribuyó a Juan de Mairena se materializó en una prosa

3 Pedro Cerezo Galán, «Juan de Mairena: un Sócrates andaluz», en Jordi Doménech (coord.), *Hoy es siempre todavía*, Sevilla, Renacimiento / Ayuntamiento de Córdoba, 2006, pp. 581-582.

4 Antonio Fernández Ferrer, «Introducción», en Antonio Machado, *Juan de Mairena*, Edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra, 1993, p. 21.

fragmentaria, llena de proverbios y aforismos, de paradojas y contradicciones, en la que destaca, por encima del resto, el recurso al diálogo, entendiendo por este las conversaciones que este apócrifo profesor mantenía con sus no menos apócrifos alumnos. A esta estructura sincopada corresponde un pensamiento heterodoxo, radicalmente escéptico y voluntariamente asistemático, que, lejos de adoctrinar e incluso de querer enseñar, en el sentido normativo de la palabra, pretendía, fundamentalmente, servir de provocación intelectual. A través de un estilo ágil y fresco, pero perfectamente calculado, Machado fue dosificando un discurso cuya carga filosófica se combinaba con la nota más irónica y coloquial, con lo que las referencias académicas y eruditas presentes en la obra se digieren con la facilidad con que se mantiene una charla distendida en la tertulia del café, rodeado de amigos.

Al igual que su filosofía, nutrida de muchas y muy variadas influencias, Mairena es un personaje confuso, difícil de catalogar, en el que, sin embargo, sí apreciamos algunos rasgos muy evidentes que lo emparentan con su creador. Se hablado de su «cinismo especulativo» y de su «humanismo radical»⁵, pero también se le ha definido

5 Joaquín Marco, «Juan de Mairena, de Antonio Machado», *Quimera*, n. 269-270, abril de 2006, p. 48.

como «un personaje proteico, tan escurridizo como su propia sofística paradójica»⁶, o como un Sócrates andaluz «atemperado por su gracejo y buen humor»⁷. De lo que no hay ninguna duda es de que, salvando todas las distancias entre el autor y su obra, detrás de Juan de Mairena y de su personalísima forma de discurrir está Antonio Machado, como él mismo corroboró en una entrevista concedida en 1938:

—¿Podría decirnos algo de Juan de Mairena?
 —¿Juan de Mairena? Sí... Es mi «yo» filosófico, que nació en épocas de mi juventud. A Juan de Mairena, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos. Aquellas impresiones, que yo iba resumiendo día a día, constituían un breviario íntimo, no destinado en modo alguno a la publicidad, hasta que un día... Un día saltaron desde mi despacho a las columnas de un periódico. Y desde entonces, Juan de Mairena —que algunas veces guarda sus fervorosos recuerdos para su viejo profesor

Abel Martín— se ha ido acostumbrando a comunicar al público sus impresiones sobre todos los temas...⁸.

Ahora bien, reconocer este grado de autobiografismo es, también, admitir que la del profesor Mairena fue una cultura amplia y heterogénea, sedimentada por aluvión, al ir añadiendo las lecturas que el Machado lector fue acumulando a lo largo de los años, para luego trasladarlas a su personaje. En este sentido, la crítica ha insistido en la imposibilidad de soslayar la presencia en estos consejos del influjo que ejercieron sobre su autor las obras de pensadores como Miguel de Unamuno, Eugenio d'Ors, José Ortega y Gasset o Francisco Giner de los Ríos (no hay que olvidar que Machado se formó en un colegio y un instituto dependientes de la Institución Libre de Enseñanza), así como las de filósofos del ámbito europeo, empezando por Nietzsche, cuya presencia en la prosa machadiana es indiscutible, y continuando por otros como Schopenhauer, Kant, Leibniz o Bergson. No es casualidad que en 1949, diez años después de la muerte de su creador, Eugenio d'Ors remitiese una emotiva carta

6 Antonio Fernández Ferrer, *op. cit.*, p. 24.

7 Pedro Cerezo Galán, *op. cit.*, p. 599.

8 «Antonio Machado, el creador de Juan de Mairena, siente y evoca la pasión española», *Voz de Madrid*, n. 13, 8 de octubre de 1938, p. 4.

a ese imaginario profesor sevillano, a través de «Octavio de Romeu», uno de los pseudónimos –junto con el de «Xènius»– más empleado por el escritor y filósofo catalán, a cuyo *Glosario* deben mucho, en contenido y en forma, las sentencias mairenianas. Definitivamente, argumentaba Ors en su misiva, lo que Machado había hecho con Mairena era lo mismo que él había logrado con sus pseudónimos o que otros grandes de la literatura habían conseguido, igualmente, creando un elenco de contrafiguras que él emparentaba, ni más ni menos, que con el Zarathustra nietzscheano:

En la figura de un profeta semidivino se había desdoblado el filósofo Federico Nietzsche. No cuesta demasiado el tomar como inmediata descendencia suya, entre nosotros, al Antonio Azorín, a que trascendió por algún tiempo don José Martínez Ruiz; al Silvestre Paradox, recurso de don Pío Baroja; al marqués de Bradomín, espejo y bravata de don Ramón del Valle-Inclán. Luego, vuestra merced, señor profesor, y yo mismo, ¿no pertenecemos igualmente a una familia cuya pululación no cesa desde el instante en que don José le mintió a su personaje un paraguas rojo, hasta el otro instante en que Ramón se decide a lanzarse personalmente a la calle con él?⁹

En cualquier caso, y al margen del porcentaje de coincidencia que cada lector reconozca en él, la verdad es que, en un momento de su vida, y como precisó en otra entrevista, Machado se percató de que en España «carecíamos de un manual que expusiera las ideas elementales de nuestra literatura»¹⁰. Con el objetivo de paliar ese déficit, se puso manos a la obra y, en vez de un manual académico, le salió un compendio de «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos» en el que –como ha matizado Ian Gibson– «más que enseñar, en realidad lo que hace es aconsejar», porque la pedagogía del profesor Mairena / Machado «se basa en el respeto más absoluto al alumno, en relación con quien únicamente caben la sugerencia, el ejemplo y el diálogo, nunca la imposición»¹¹. Un libro único e inclasificable, a caballo entre la literatura y la filosofía, que constituye una *rara avis* dentro de la historia de la literatura española en prosa y que, lejos de haber caído

9 Eugenio d'Ors, «Carta de Octavio de Romeu al profesor Juan de Mairena», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 11-12, septiembre-diciembre de 1949, pp. 289-290.

10 «Juan de Mairena y su maestro: lo que será un libro del ilustre poeta Antonio Machado», *Heraldo de Madrid*, 19 de marzo de 1936, p. 13.

11 Ian Gibson, «Introducción», en Antonio Machado, *Juan de Mairena*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2015, p. XXIV.

en el olvido, se sigue leyendo con una frecuencia des-acostumbrada en una obra de sus características. En tiempos oscuros, escribió hace unos años Emilio Lledó, de confusión posmoderna y crisis de valores, los consejos del Juan de Mairena son «una de las más estimulantes, iluminadoras lecturas que pueden hacerse, para ser ciudadanos libros, para aprender a pensar y sentir»¹². Para mí, como lector y alumno suyo que me siento, las enseñanzas del maestro Juan de Mairena, que aquí he tratado de sintetizar, son, ante todo, una educación sentimental.

NOTA A LA EDICIÓN

El corpus textual del cual se ha nutrido esta antología personal de consejos y aforismos es el conjunto de textos en prosa que Antonio Machado atribuyó al ficticio profesor de Gimnasia y de Retórica, Juan de Mairena. La primera y principal fuente es, por supuesto, la obra *Juan de Mairena: sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (Madrid, Espasa-Calpe, 1936), en la que el poeta sevillano reunió fragmentos que ya había publicado anteriormente en los periódicos *Diario de Madrid* (entre el 5 de noviembre de 1934 y el 24 de octubre de 1935) y el *El Sol* (entre el 17 de noviembre de 1935 y el 28 de junio de 1936). La segunda aportación es la serie de artículos periodísticos que Machado escribió –ya en plena Guerra Civil española– como prolongación de las

12 Emilio Lledó, «Juan de Mairena: una educación para la ciudadanía», *Claves de Razón Práctica*, n. 183, junio de 2008, p. 34.

enseñanzas de Mairena contenidas en el citado volumen. En concreto, me refiero a los textos aparecidos en la revistas *Hora de España* (entre enero de 1937 y noviembre de 1938) y *Madrid: cuadernos de la Casa de la Cultura* (Machado firmó un texto en prosa en el primero –febrero de 1937– de los tres únicos números que se llegaron a editar), así como a los publicados en el periódico *Servicio Español de Información: textos y documentos* (entre junio de 1937 y abril de 1938) y *La Vanguardia* (entre el 27 de marzo de 1938 y el 6 de enero de 1939).

Como se trata de una selección de fragmentos que, a mi juicio, tienen entidad propia y se pueden leer de forma independiente, he suprimido los epígrafes en los que el autor dividía los capítulos o secciones, tanto del libro de 1936, como de la obra periodística. Lo he hecho así porque considero que esos paratextos cumplen una función necesaria solo cuando se edita la obra en su integridad, cosa que no sucede con esta edición. Eso sí, a la hora de presentar estas reflexiones machadianas, las he reproducido siguiendo el orden cronológico de su aparición en las citadas publicaciones y transcribiendo cada texto en su integridad, desde el principio hasta el final.

ANTONIO MACHADO

Consejos y aforismos

JUAN DE MAIRENA:
SENTENCIAS, DONAIRES, APUNTES
Y RECUERDOS DE UN PROFESOR APÓCRIFO
(1936)

Lo corriente en el hombre es la tendencia a creer verdadero cuanto le reporta alguna utilidad. Por eso hay tantos hombres capaces de comulgar con ruedas de molino. Os hago esta advertencia pensando en algunos de vosotros que habrán de consagrarse a la política. No olvidéis, sin embargo, que lo corriente en el hombre es lo que tiene de común con otras alimañas, pero que lo específicamente humano es creer en la muerte. No penséis que vuestro deber de retóricos es engañar al hombre con sus propios deseos; porque el hombre ama la verdad hasta tal punto que acepta, anticipadamente, la más amarga de todas.

* * *

L'individualité enveloppe l'infini. El individuo es todo. ¿Y

qué es, entonces, la sociedad? Una mera suma de individuos (Pruébese lo superfluo de la suma y de la sociedad).

* * *

Cuando el saber se especializa, crece el volumen total de la cultura. Esta es la ilusión y el consuelo de los especialistas. ¡Lo que sabemos entre todos! ¡Oh, eso es lo que no sabe nadie!

* * *

Contra los escépticos se esgrime un argumento aplastante: «Quien afirma que la verdad no existe, pretende que eso sea la verdad, incurriendo en palmaria contradicción». Sin embargo, este argumento irrefutable no ha convencido, seguramente, a ningún escéptico. Porque la gracia del escéptico consiste en que los argumentos no le convencen. Tampoco pretende él convencer a nadie.

* * *

En España –no lo olvidemos– la acción política de tendencia progresiva suele ser débil, porque carece de originalidad; es puro mimetismo que no pasa de simple exci-

tante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra máquina social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos –digámoslo de pasada–, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.

* * *

Claro es que en el campo de la acción política, el más superficial y aparente, sólo triunfa quien pone la vela donde sopla el aire; jamás quien pretende que sople el aire donde pone la vela.

* * *

La libertad, señores (habla Mairena a sus alumnos), es un problema metafísico. Hay, además, el *liberalismo*, una invención de los ingleses, gran pueblo de marinos, boxeadores e ironistas.

* * *

Si se tratase de construir una casa, de nada nos aprovecharía que supiéramos tirarnos correctamente los ladrillos a la cabeza. Acaso tampoco, si se tratara de gobernar a un pueblo, nos serviría de mucho una retórica con espolones.

* * *

El siglo XIX es esencialmente peleón. Se ha tomado demasiado en serio el *struggle-for-life* darwiniano. Es lo que pasa siempre: se señala un hecho; después se le acepta como una fatalidad; al fin se convierte en bandera. Si un día se descubre que el hecho no era completamente cierto, o que era totalmente falso, la bandera, más o menos descolorida, no deja de ondear.

* * *

—Dadme cretinos optimistas —decía un político a Juan de Mairena—, porque ya estoy hasta los pelos del pesimismo de nuestros sabios. Sin optimismo no vamos a ninguna parte.

—¿Y qué diría usted de un optimismo con sentido común?

—¡Ah, miel sobre hojuelas! Pero ya sabe usted lo difícil que es eso, amigo Mairena.

* * *

En política, como en arte, los *novedosos* apedrean a los originales.

* * *

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo. Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado.

Cuarto. Que si tomásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual sólo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.

* * *

Y a los arbitristas y reformadores de oficio convendría advertirles:

Primero. Que muchas cosas que están mal por fuera están bien por dentro.

Segundo. Que lo contrario es también frecuente.

Tercero. Que no basta mover para renovar.

Cuarto. Que no basta renovar para mejorar.

Quinto. Que no hay nada que sea absolutamente *impeorable*.

* * *

Si alguna vez cultiváis la crítica literaria o artística, sed benévolo. Benevolencia no quiere decir tolerancia de lo ruin o conformidad con lo inepto, sino voluntad del bien, en vuestro caso, deseo ardiente de ver realizado el milagro de la belleza. Sólo con esta disposición de ánimo la crítica puede ser fecunda. La crítica malévola que ejercen avinagrados y melancólicos es frecuente en España, y nunca descubre nada bueno. La verdad es que no lo busca ni lo desea.

Esto no quiere decir que la crítica malévola no coincida más de una vez con el fracaso de una intención artís-

tica. ¡Cuántas veces hemos visto una comedia mala sañudamente lapidada por una crítica mucho peor que la comedia!... ¿Ha comprendido usted, señor Martínez?

MARTÍNEZ —Creo que sí.

MAIRENA —¿Podría usted resumir lo dicho en pocas palabras?

MARTÍNEZ —Que no conviene confundir la crítica con las malas tripas.

MAIRENA —Exactamente.

* * *

—A usted le parecerá Balzac un buen novelista —decía a Juan de Mairena un joven ateneísta de Chipiona.

—A mí, sí.

—A mí, en cambio, me parece un autor tan insignificante que ni siquiera lo he leído.

* * *

Se dice que vivimos en un país de autodidactos. Autodidacto se llama al que aprende algo sin maestro. Sin maestro, por revelación interior o por reflexión autoinspectiva, pudimos aprender muchas cosas, de las cuales cada día vamos sabiendo menos. En cambio, hemos aprendido

mal muchas otras que los maestros nos hubieran enseñado bien. Desconfiad de los autodidactos, sobre todo cuando se jactan de serlo.

* * *

Los hombres que están siempre de vuelta en todas las cosas son los que no han ido nunca a ninguna parte. Porque ya es mucho ir; volver, ¡nadie ha vuelto!

* * *

El paleta perfecto es el que nunca se asombra de nada; ni aun de su propia estupidez.

* * *

Sed modestos: yo os aconsejo la modestia, o, por mejor decir: yo os aconsejo un orgullo modesto, que es lo español y lo cristiano. Recordad el proverbio de Castilla: «Nadie es más que nadie». Esto quiere decir cuánto es difícil aventajarse a todos, porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Así hablaba Mairena a sus discípulos. Y añadía: ¿Comprendéis ahora por qué los grandes hombres sole-

mos ser modestos?

* * *

Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura.

* * *

Vosotros debéis amar y respetar a vuestros maestros, a cuantos de buena fe se interesan por vuestra formación espiritual. Pero para juzgar si su labor fue más o menos acertada, debéis esperar mucho tiempo, acaso toda la vida, y dejar que el juicio lo formulen vuestros descendientes. Yo os confieso que he sido ingrato alguna vez –y harto me pesa– con mis maestros, por no tener presente que en nuestro mundo interior hay algo de ruleta en movimiento, indiferente a las posturas del paño, y que mientras gira la rueda, y rueda la bola que nuestros maestros lanzaron en ella un poco al azar, nada sabemos de pérdida o ganancia, de éxito o de fracaso.

* * *

Pláceme ponerme un poco en guardia contra mí mismo. De buena fe os digo cuanto me parece que puede ser más fecundo en vuestras almas, juzgando por aquello que, a mi parecer, fue más fecundo en la mía. Pero ésta es una norma expuesta a múltiples yerros. Si la empleo es por no haber encontrado otra mejor. Yo os pido un poco de amistad y ese mínimo de respeto que hace posible la convivencia entre personas durante algunas horas. Pero no me toméis demasiado en serio. Pensad que no siempre estoy yo seguro de lo que os digo, y que, aunque pretendía educar, no creo que mi educación esté mucho más avanzada que la vuestra. No es fácil que pueda yo enseñaros a hablar, ni a escribir, ni a pensar correctamente, porque yo soy la incorrección misma, un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos. Llevo conmigo un diablo –no el demonio de Sócrates–, sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado; que a veces habla por mí y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas. ¡Un verdadero lío! Para los tiempos que vienen, no soy yo el maestro que debéis elegir, porque de mí sólo aprenderéis lo que tal vez os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos.

* * *

La poesía es –decía Mairena– el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el poeta pretende eternizar, sacándolo fuera del tiempo, labor difícil y que requiere mucho tiempo, casi todo el tiempo de que el poeta dispone. El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados.

* * *

Sed originales; yo os lo aconsejo; casi me atrevería a ordenároslo. Para ello –claro es– tenéis que renunciar al aplauso de los *snobs* y de los fanáticos de la novedad; porque éstos creerán siempre haber leído algo de lo que vosotros pensáis, y aun pensarán, además, que vosotros pensáis, y aun pensarán, además, que vosotros lo habíais leído también, aunque en ediciones profanadas ya por el vulgo, y que, en último término, no lo habéis comprendido tan bien como ellos. A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído.

* * *

El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad. Las prácticas crueles –a pesar de nuestra afición a los toros– no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno. Si veis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva dos dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero –probablemente él lo aplaudió también–: silba al aplauso.

* * *

Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo que dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de nuestra raza. Entre ellas debemos contar la de ser muy severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes para juzgar a nuestros vecinos. Hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España. Pero nada advertiréis en esto que no sea natural y explicable. Porque nadie sabe de vicios que no tiene, ni de dolores que no le aquejan. La posición

es honrada, sincera y profundamente humana.

Yo os invito a perseverar en ella hasta la muerte. Los que os hablan de España como de una razón social que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial, esos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; de ningún modo el de buenos españoles.

Digo que podrán ser hasta buenos patriotas, porque ellos piensan que España es, como casi todas las naciones de Europa, una entidad esencialmente batallona, destinada a jugárselo todo en una gran contienda, y que conviene no enseñar el flaco y reforzar los resortes polémicos, sin olvidar el orgullo nacional, creado más o menos artificialmente. Pero pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo. De esto hablaremos más despacio otro día.

* * *

La política, señores –sigue hablando Mairena– es una actividad importantísima... Yo no os aconsejaré nunca el apoliticismo, sino, en último término, el desdén de la

política mala, que hacen trepadores y cucañistas, sin otro propósito que el de obtener ganancia y colocar parientes. Vosotros debéis hacer política, aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros, y naturalmente, contra vosotros. Sólo me atrevo a aconsejaros que la hagáis a cara descubierta; en el peor caso con máscara política, sin disfraz de otra cosa; por ejemplo: de literatura, de filosofía, de religión. Porque de otro modo contribuiréis a degradar actividades tan excelentes, por lo menos, como la política, y a enturbiar la política de tal suerte que ya no podamos nunca entendernos.

Y a quien os eche en cara vuestros pocos años bien podéis responderle que la política no ha de ser, necesariamente, cosa de viejos. Hay movimientos políticos que tienen su punto de arranque en una justificada rebelión de menores contra la inepticia de los sedicentes padres de la patria. Esta política, vista desde el barullo juvenil, puede parecer demasiado revolucionaria, siendo, en el fondo, perfectamente conservadora. Hasta las madres —¿hay algo más conservador que una madre?— pudieran aconsejarla con estas o parecidas palabras: «Toma el volante, niño, porque estoy viendo que tu papá nos va a estrellar a todos —de una vez— en la cuneta del camino».

* * *

Mairena era, como examinador, extremadamente benévolo. Suspendía a muy pocos alumnos, y siempre tras exámenes brevísimos. Por ejemplo:

—¿Sabe usted algo de los griegos?

—Los griegos..., los griegos eran unos bárbaros...

—Vaya usted bendito de Dios.

—¿...?

—Que puede usted retirarse.

Era Mairena —no obstante su apariencia seráfica— hombre, en el fondo, de malísimas pulgas. A veces recibió la visita airada de algún padre de familia que se quejaba, no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable.

—¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo? —decía el visitante, abriendo los brazos con ademán irónico de asombro admirativo. Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

—¡Me basta ver a su padre!

* * *

Es cosa triste que hayamos de reconocer a nuestros mejores discípulos en nuestros contradictores, a veces en nuestros enemigos, que todo magisterio sea, a última

hora, cría de cuervos, que vengan un día a sacarnos los ojos.

* * *

Pero no exageremos –añadía Mairena–. Nosotros, los maestros, somos un poco egoístas, y no siempre pensamos que la cultura sea como la vida, aquella antorcha del corredor a que alude Lucrecio en su verso inmortal. Nosotros quisiéramos acapararla. Nuestras mismas ideas nos parecen hostiles en boca ajena, porque pensamos que ya no son nuestras. La verdad es que las ideas no deben ser de nadie. Además –todo hay que decirlo–, cuando profesamos nuestras ideas y las convertimos en opinión propia, ya tienen algo de prendas de uso personal, y nos disgusta que otros las usen. Otrosí: las ideas profesadas como creencias son también gallos de pelea con espolones afilados. Y no es extraño que alguna vez se vuelvan contra nosotros con los espolones más afilados todavía. En suma, debemos ser indulgentes con el pensar más o menos gallináceo de nuestro vecino.

* * *

—Cuando una cosa está mal, decía mi maestro –habla

Mairena a sus alumnos–, debemos esforzarnos por imaginar en su lugar otra que esté bien; si encontramos, por azar, algo que esté bien, intentemos pensar algo que esté mejor. Y partir siempre de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo; nunca de lo real.

* * *

Cuando se ponga de moda el hablar claro ¡veremos!, como dicen en Aragón. Veremos lo que pasa cuando lo distinguido, lo aristocrático y lo verdaderamente hazañoso sea hacerse comprender de todo el mundo, sin decir demasiadas tonterías. Acaso veamos entonces que son muy pocos en el mundo los que pueden hablar, y menos todavía los que logran hacerse oír.

* * *

Que cada cual hable de sí mismo lo mejor que pueda, con esta advertencia a su prójimo: si por casualidad entiende usted algo de lo que digo, puede usted asegurar que yo lo entiendo de otro modo.

* * *

Uno de los medios más eficaces para que las cosas no cambien nunca por dentro es renovarlas –o removerlas– constantemente por fuera. Por eso –decía mi maestro– los originales ahorcarían si pudieran a los novedosos, y los novedosos apedrean cuando pueden sañudamente a los originales.

* * *

Nadie debe asustarse de lo que piensa, aunque su pensar aparezca en pugna con las leyes más elementales de la lógica. Porque todo ha de ser pensado por alguien, y el mayor desatino puede ser un punto de vista de lo real. Que dos y dos sean necesariamente cuatro, es una opinión que muchos compartimos. Pero si alguien sinceramente piensa otra cosa, que lo diga. Aquí no nos asombramos de nada. Ni siquiera hemos de exigirle la prueba de su aserto, porque ello equivaldría a obligarle a aceptar las normas de nuestro pensamiento, en las cuales habrían de fundarse los argumentos que nos convencieran. Pero estas normas y estos argumentos sólo pueden probar nuestra tesis; de ningún modo la suya. Cuando se llega a una profunda disparidad de pareceres, el *onus probandi* no incumbe realmente a nadie.

* * *

Que todo hombre sea superior a su obra es la ilusión que conviene mantener mientras se vive. Es muy posible, sin embargo, que la verdad sea lo contrario. Por eso yo os aconsejo que conservéis la ilusión de lo uno, acompañada de la sospecha de lo otro. Y todo ello a condición de que nunca estéis satisfechos ni de vuestro hombre ni de vuestra obra.

* * *

De los diarios íntimos decía mi maestro que nada le parecía menos íntimo que esos diarios.

* * *

Por debajo de lo que se piensa está lo que se cree, como si dijéramos en una capa más honda de nuestro espíritu. Hay hombres tan profundamente divididos consigo mismos, que creen lo contrario de lo que piensan. Y casi –me atreveré a decir– es ello lo más frecuente. Esto debieran tener en cuenta los políticos. Porque lo que ellos llaman opinión es algo mucho más complejo y más incierto de lo que parece. En los momentos de los grandes choques que

conmueven fuertemente la conciencia de los pueblos se producen fenómenos extraños de difícil y equívoca interpretación: súbitas conversiones, que se atribuyen al interés personal, cambios inopinados de pareceres, que se reputan insinceros; posiciones inexplicables, etc. Y es que la opinión muestra en su superficie muchas prendas que estaban en el fondo del baúl de las conciencias.

La frivolidad política se caracteriza por la absoluta ignorancia de estos fenómenos. Pero los grandes morrones de la Historia no tienen mayor utilidad que la de hacernos ver esos fenómenos más claramente y de mayor bulto que los vemos cuando es sólo la superficie lo que parece agitarse.

* * *

¿Conservadores? Muy bien —decía Mairena—. Siempre que no lo entendamos a la manera de aquel sarnoso que se emperraba en conservar, no la salud, sino la sarna.

Porque éste es el problema de conservadurismo —¿qué es lo que conviene conservar?—, que sólo se plantean los más inteligentes. ¡Esos buenos conservadores a quienes siempre la dan sus correligionarios, y sin los cuales todas las revoluciones pasarían sin dejar rastro!

* * *

—Alguna vez se ha dicho: las cabezas son malas, que gobiernen las botas. Esto es muy español, amigo Mairena.

—Eso es algo universal, querido don Cosme. Lo específicamente español es que las botas no lo hagan siempre peor que las cabezas.

* * *

Nosotros no hemos de incurrir nunca en el error de tomarnos demasiado en serio. Porque ¿con qué derecho someteríamos nosotros lo humano y lo divino a la más aguda crítica, si al mismo tiempo declarásemos intangible nuestra personalidad de hombrecitos docentes? Que nadie entre en nuestra escuela que no se atreva a despreciar en sí mismo tantas cosas cuantas desprecia en su vecino, o que sea incapaz de proyectar su propia personalidad en la pantalla del ridículo. Toda mezquina abogacía de sí mismo queda prohibida en nuestra escuela. Porque la zona más rica de nuestras almas, desde luego la más extensa, es aquella que suele estar vedada al conocimiento por nuestro amor propio. Os lo diré de una manera impresionante: pacientes hemos de ser en nues-

tra propia clínica, tanto como quirurgos, y hasta, si me apuráis, cadáveres que su misma disección ejecuten en nuestra propia sala de disección. De esta manera lograremos aventajarnos a nuestros adversarios, si algunos tenemos, porque ellos nos combatirán siempre con armas romas y peor templadas que las nuestras.

* * *

¿Pretenciosos? Sin duda, lo somos –respondemos–; pero no presumidos ni presuntuosos. Porque nosotros de nada presumimos ni, mucho menos, presuntuamos. Pretendemos, en cambio, muchas cosas, sin jactamos de haber conseguido ninguna de ellas. Modestos, con la modestia de los grandes hombres, y el modesto orgullo a que aludía mi maestro. Tales somos, tales quisiéramos ser para nuestra Escuela de Sabiduría.

* * *

Cuando aparecieron en la Prensa los primeros ensayos de don Miguel de Unamuno, alguien dijo: «He aquí a Brand, el ibseniano Brand, que deja los fiordos de Noruega por las estepas de España.» Mairena dijo: «He aquí al gran español que muchos esperábamos. ¿Un sabio? Sin

duda, y hasta un *savant*, que dicen en Francia; pero, sobre todo, el poeta relojero que viene a dar cuerda a muchos relojes –quiero decir a muchas almas– parados en horas muy distintas, y a ponerlos en hora por el meridiano de su pueblo y de su raza. Que estos relojes, luego, atrasen unos y adelanten otros...» No agotemos el símil. Es muy grande este don Miguel. Y algún día tomará café con nosotros. Mas no por ello hemos de perderle el respeto.

* * *

De todas las máquinas que ha construido el hombre, la más interesante es, a mi juicio, el reloj, artefacto específicamente humano, que la mera animalidad no hubiera inventado nunca. El llamado *homo faber* no sería realmente homo, si no hubiera fabricado relojes. Y en verdad, tampoco importa mucho que los fabrique; basta con que los use; menos todavía: basta con que los necesite. Porque el hombre es el animal que mide su tiempo.

* * *

Juan de Mairena conoció a Valle-Inclán hacia el año 95; escuchó de sus labios el relato de sus andanzas en Méjico, y fue uno de los tres compradores de su primer libro,

Femeninas. «La verdad es –decía Mairena a sus amigos– que este hombre parece muy capaz de haber realizado todas las proezas y valentías que se atribuye. Que tiene el don de mando no puede dudarse. Si no fue nombrado – como él nos cuenta– Mayor honorario del Ejército de Tierra Caliente, culpa habrá sido de los mejicanos; porque no hubo nunca mejor madera de capitanes que la suya. Sin embargo, lo propio de este hombre, más que el heroísmo guerrero, es la santidad, el afán de ennoblecer su vida, su ardiente anhelo de salvación. Él ha querido acaso salvarse por la espada; se salvará por la pluma. Valle-Inclán será el santo de nuestras letras».

Un santo de las letras, en efecto, fue Valle-Inclán, el hombre que sacrifica su humanidad y la convierte en buena literatura, la más excelente que pudo imaginar. Hemos de leer y estudiar sus libros y admirar muchas de sus páginas incomparables. En cuanto al autor de estos libros, que, más que Valle-Inclán mismo, fue una invención del propio Valle-Inclán, lo encontraremos también en las páginas de estos libros. Y del buen D. Ramón del Valle, el amigo querido, siempre maestro, digamos que fue también el que quiso ser: un caballero sin mendiguez ni envidia. Olvidemos un poco la copiosa anecdótica de su vida, para anotar un rasgo muy elegante y, a mi entender, profundamente religioso de su muerte: la orden ful-

minante que dio a los suyos para que lo enterraran civilmente. ¡Qué pocos lo esperaban! Allá, en la admirable Compostela, con su catedral y su cabildo, y su arzobispo, y el botafumeiro. ¡Qué escenario tan magnífico para el entierro de Bradomín!. Pero Valle-Inclán, el santo inventor de Bradomín, se debía a la verdad antes que a los inventos de su fantasía. Y aquellas sus últimas palabras a la muerte, con aquella impaciencia de poeta y de capitán: «¡Cuánto tarda esto!» ¡Oh, qué bien estuvo D. Ramón en el trago supremo a que aludía Manrique!

* * *

Nietzsche no tuvo el talento ni la inventiva metafísica de Schopenhauer; ni la gracia, ni siquiera el buen humor, del gran pesimista. Su lectura es mucho menos divertida que la de Schopenhauer, aunque éste es todavía un filósofo sistemático, y Nietzsche, casi un poeta. Sin embargo, aquella su invención de la Vuelta eterna, en pleno siglo de Carnot; su tono, tan patético y tan seguro ante cosas tan improbables, tienen su grandeza. Este jabato de Zaratustra es realmente impresionante. Tuvo Nietzsche además talento y malicia de verdadero psicólogo –cosa poco frecuente en sus paisanos–, de hombre que ve muy hondo en sí mismo y apedrea con sus propias entrañas a su

prójimo. Él señaló para siempre ese resentimiento que también envejece y degrada al hombre. Yo os aconsejo su lectura, porque fue también un maestro del aforismo y del epigrama.

Ejemplo:

Guárdate de la mano grácil:
cuanto en ella cae
se deshace

* * *

Sed hombres de mal gusto. Yo os aconsejo el mal gusto, para combatir los excesos de la moda. Porque siempre es de mal gusto lo que no se lleva en una época determinada. Y en ello encontraréis a veces lo que debiera llevarse.

* * *

Las cabezas que embisten, cabezas de choque, en la batalla política, pueden ser útiles, a condición de que no actúen por iniciativa propia; porque en este caso peligran las cabezas que piensan, que son las más necesarias. En política como en todo lo demás.

* * *

—Conviene estar de vuelta de todo.

—¿Sin haber ido a ninguna parte?

—Esa es la gracia, amigo mío.

* * *

Yo nunca os aconsejaré que escribáis nada, porque lo importante es hablar y decir a nuestro vecino lo que sentimos y pensamos. Escribir, en cambio, es ya la infracción de una norma natural y un pecado contra la naturaleza de nuestro espíritu. Pero si dais en escritores, sed meros taquígrafos de un pensamiento hablado. Y nunca os guardéis lo escrito. Porque lo inédito es como un pecado que no se confiesa y se nos pudre en el alma, y toda ella la contamina y corrompe. Os libre Dios del maleficio de lo inédito.

* * *

El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie.

* * *

HORA DE ESPAÑA
(febrero de 1937-noviembre de 1938)

Aprendió tantas cosas –escribía mi maestro, a la muerte de su amigo erudito–, que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas.

* * *

¡Revolución desde arriba! Como si dijéramos –comentaba Mairena– renovación del árbol por la copa. Pero el árbol –añadía– se renueva por todas partes, y, muy especialmente, por las raíces. Revolución desde abajo, me suena mejor. Claro que «revolución desde arriba» es un eufemismo desorientador y descaminante. Porque no se trata de renovar el árbol por la copa, sino, ¡por la corteza!

Reparad en que esa *revolución desde arriba* estuvo siempre a cargo de los viejos, por un lado, y de las *juventudes*, por otro (conservadoras, liberales, católicas, monárquicas, tradicionalistas, etc.), a cargo de la vejez, en suma. Y acabará un día por una *contrarrevolución desde abajo*, un plante popular, acompañado de una inevitable rebelión de menores.

* * *

En efecto —añadía Mairena— la cultura vista desde fuera, como si dijéramos, desde la ignorancia o, también, desde la pedantería, puede aparecer como un tesoro cuya posesión y custodia sean el privilegio de unos pocos; y el ansia de cultura que siente el pueblo, y que nosotros quisiéramos contribuir a aumentar en el pueblo, como la amenaza a un sagrado depósito, la ingente ola de barbarie que lo anegue y destruya. Pero nosotros, que vemos la cultura desde dentro, quiero decir desde el hombre mismo, no pensamos ni en el caudal, ni en el tesoro, ni en el depósito de la cultura, como fondos o existencias que puedan repartirse a voleo, mucho menos ser entrados a saco por la turba indigente. Para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. ¿Cómo?

Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... ¿Qué piensa el oyente?

—Que, desde ese punto de vista —respondió el oyente—, la difusión de la cultura sería en beneficio de la misma, contra lo que piensan quienes pretenden defenderla como privilegio de clase. ¿Es esto lo que se trataba de demostrar?

—Ni más ni menos.

—Repáre usted, sin embargo, querido maestro, en que ese punto de vista es exclusivamente el nuestro. Nosotros, futuros alumnos o maestros de la Escuela Popular de Sabiduría Superior, sólo pretenderíamos despertar al dormido, y sólo de este modo contribuiríamos a la difusión de la cultura. Pero enfrente de nosotros estarán siempre, no precisamente los dormidos, sino aquellos que, medio desvelados, no quieren despertar del todo, ni mucho menos despertar a su prójimo. No sé si me explico.

—Prosiga.

—En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior habría pocos alumnos, lo que no supondría un daño para la Escuela; pero serían muchos, en cambio, los enemigos de ella, los que pretendieran cerrarla. Y aun días pudieran llegar en que a profesores y alumnos de la tal escuela nos oliese la cabeza a pólvora. Ojo a esto, que es muy grave.

Los alumnos de Mairena rieron la última frase del oyente, que parecía remedar el estilo del maestro.

—Tendríamos, en efecto, muchos enemigos —observó Mairena—, lo que no implica ninguna seria objeción a nuestra tesis.

¿Conformes?

—Conformes.

* * *

Claro es que la duda que yo os aconsejo no es la duda metódica a que aluden los filósofos, recordando a Descartes. Una duda metódica será siempre pura *contradictio in adjecto*, como un *circulo cuadrado*, un *metal de madera*, un *guardia de asalto*, etc. Porque el que tiene un método o cree tenerlo, tiene o cree tener un camino que conduce a alguna verdad, que es precisamente lo necesario para no dudar. Cuando leáis la obra de Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna, veréis como es la duda lo que no aparece en ella por ninguna parte. Descartes es fe madura en la ciencia matemática, sin la cual es casi seguro que no habría nunca filosofado. Y en verdad que nadie ha pensado en colocar a Descartes entre los escépticos. Pero yo no os aconsejo la duda a la manera de los filósofos, ni siquiera de los escépticos propiamente dichos, sino la

duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte.

* * *

Nunca nosotros hemos de profesar un culto desmedido a las actividades cinéticas, convencidos de que éstas se nos darán siempre por añadidura, mientras no logremos sustraernos al universo físico de que formamos parte. Ni el trabajo por el trabajo, ni el juego por el juego, ni la lucha por la lucha misma, que son maneras de rendir un homenaje —realmente superfluo— al movimiento. La gracia está en pararse a ver, a contemplar, a meditar, en consagrarse un poco a las actividades quietistas. Quiero decir con esto que no pretendo educaros para hombres de acción, que son hombres de movimiento, porque estos hombres abundan demasiado. El mundo occidental padece plétora de ellos, y es su exceso, precisamente —no su existencia—, lo que trae al mundo entero de cabeza.

* * *

Las convicciones —decía Federico Nietzsche— son enemigos más peligrosos de la verdad que las mismas menti-

ras. He aquí una de las proposiciones más escépticas que conozco. Confieso mi simpatía hacia ella. Pero, ¿a dónde irá un hombre sin convicciones, incapaz de convencer a nadie? El mismo Nietzsche, después de esta confesión, se nos mostró terriblemente convencido de cosas muy temerarias y problemáticas: la voluntad de poder, el superhombre, el eterno retorno, etc., etcétera. Y son estas convicciones desesperadas, con que los escépticos pretenden compensar toda una vida de estéril rebusca de la verdad, las que más honda huella dejan en nosotros, si queréis, las más dañinas y que más confirman la tesis nietzschiana, como enemigas de esta misma verdad.

* * *

Estos jóvenes –Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98– son, acaso, la primera generación española que no sestea ya a la sombra de la iglesia, o si os parece mejor, a la sombra de la sombra de la iglesia. Son españoles españolísimos, que despiertan más o menos malhumorados al grito de: ¡sálvese quien pueda! Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble *Index Librorum Prohibitorum* que la espera:

del eclesiástico, indefectible y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que sestean a la sombra de la iglesia, están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo.

* * *

La patria –decía Juan de Mairena– es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuviereis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la marsellesa, la canta en español; si algún día grita: ¡viva Rusia!, pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.

* * *

Decía Federico Nietzsche que la ventaja de una mala memoria consiste en poder gozar varias veces de una

misma cosa por primera vez. La frase –comentaba Mairena– es ingeniosa y, *sin embargo*, no es ninguna tontería.

* * *

Confieso mi escasa simpatía –habla Juan de Mairena a sus alumnos– hacia aquellos pensadores que parecen estar siempre seguros de lo que dicen. Porque si no lo están y tan bien lo simulan, son unos farsantes; y si lo están, no son verdaderos pensadores, sino, cuando más, literatos, oradores, retóricos, hombres de ingenio y de acción, sensibles a los tonos y a los gestos, pero que nunca se enfrentaron con su propio pensar, propicios siempre a aceptar, sin crítica el ajeno. Confieso mi poca simpatía hacia ellos. Porque estos hombres, en las horas pacíficas, se venden por filósofos y ejercen una cierta matonería intelectual, que asusta a los pobres de espíritu, sin provecho de nadie; y en tiempos de combate se dicen siempre *au dessus de la mêlée*. No son hombres despreciables, pero creo que Platón los habría expulsado de su República, mucho antes, y con menos honores, que a los poetas.

* * *

Nunca profeséis de graciosos. Porque no siempre hay

ganas de reír. Aunque nunca faltan motivos para ello.

* * *

Nunca os aconsejaré el escepticismo cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta de todo. Es la posición más falsa y más ingenuamente dogmática que puede adoptarse. Ya es mucho que vayamos a alguna parte. Estar de vuelta, ¡ni soñarlo...!

* * *

El escepticismo a que yo quisiera llevaros es más fuente de regocijo que de melancolía. Consiste en haceros dudar del pensamiento propio, aunque aceptéis el ajeno, por cortesía y sin daño de vuestra conciencia, porque, al fin, del pensamiento ajeno nunca sabréis gran cosa. Quiero enseñaros a dudar del pensamiento propio cuando éste lleva a callejones sin salida, que es indicaros la salida de esos callejones.

* * *

Cuando alguien me preguntó, hace ya muchos años, ¿piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo, o

permanecer encerrado en su *torre de marfil* –era el tópico al uso de aquellos días– consagrado a una actividad aristocrática, en esferas de la cultura sólo accesibles a una minoría selecta? yo contesté con estas palabras, que a muchos parecieron un tanto evasivas o ingenuas: «Escribir para el pueblo –decía mi maestro–, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos –claro está– de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, es escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España, Shakespeare, en Inglaterra, Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay-saber, no creo haber pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular».

Mi respuesta era la de un español consciente de su hispanidad, que sabe, que necesita saber cómo en España

casi todo lo grande es obra del pueblo o para el pueblo, cómo en España lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular. En los primeros meses de la guerra que hoy ensangrienta a España, cuando la contienda no había aún perdido su aspecto de mera guerra civil, yo escribí estas palabras que pretenden justificar mi fe democrática, mi creencia en la superioridad del pueblo sobre las clases privilegiadas.

* * *

Entre nosotros, españoles, nada señoritos por naturaleza, el señoritismo es una enfermedad epidérmica, cuyo origen puede encontrarse, acaso, en la educación jesuítica, profundamente anticristiana y –digámoslo con orgullo– perfectamente antiespañola. Porque el señoritismo lleva implícita una estimativa errónea y servil, que antepone los hechos sociales más de superficie –signos de clase, hábitos e indumentos– a los valores propiamente dichos, religiosos y humanos. El señoritismo ignora, se complace en ignorar –jesuíticamente– la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. «Nadie es más que nadie» reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, «nadie es más que

nadie porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie», porque –y éste es el más hondo sentido de la frase–, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito.

* * *

Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular. Yo no sé si puede decirse lo mismo de otros países. Mi folklore ha traspuesto las fronteras de mi patria. Pero me atrevo a asegurar que, en España, el prejuicio aristocrático, el de escribir exclusivamente para los mejores, pueda aceptarse y aun convertirse en norma literaria, sólo con esta advertencia: la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores. Si quisiéramos, piadosamente, no excluir del goce de una literatura popular a las llamadas clases altas, tendríamos que rebajar el nivel humano y la categoría estética de las obras que hizo suyas el pueblo y entreverarlas con frivolidades y pedanterías. De un modo más o menos consciente, es esto lo que muchas veces hicieron

nuestros clásicos. Todo cuanto hay de superfluo en *El Quijote* no proviene de concesiones hechas al gusto popular, o, como se decía entonces, a la necedad del vulgo, sino, por el contrario, a la perversión estética de la corte. Alguien ha dicho con frase desmesurada, inaceptable *ad pedem litterae*, pero con profundo sentido de verdad: en nuestra gran literatura casi todo lo que no es folklore es pedantería.

* * *

Para nosotros, la cultura ni proviene de energía que se degrada al propagarse, ni es caudal que se aminore al repartirse; su defensa, obra será de actividad generosa que lleva implícitas las dos más hondas paradojas de la ética: sólo se pierde lo que se guarda, sólo se gana lo que se da.

Enseñad al que no sabe; despertad al dormido; llamad a la puerta de todos los corazones, de todas las conciencias. Y como tampoco es el hombre para la cultura, sino la cultura para el hombre, para todos los hombres, para cada hombre, de ningún modo un fardo ingente para levantado en vilo por todos los hombres, de tal suerte que sólo el peso de la cultura pueda repartirse entre todos, si mañana un vendaval de cinismo, de elemental-

dad humana, sacude el árbol de la cultura y se lleva algo más que sus hojas secas, no os asustéis. Los árboles demasiado espesos, necesitan perder algunas de sus ramas, en beneficio de sus frutos. Y a falta de una poda sabia y consciente, pudiera ser bueno el huracán.

* * *

Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta y, en general, el escritor debía escribir para las masas, contestó: Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a unidad de volumen. Desconfiad del tópico «*masas humanas*». Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre, y necesita degradarlo; algo también de la iglesia, órgano de poder, que más de

una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!

Muchos de los problemas de más difícil solución que plantea la poesía futura –la continuación de un arte eterno en nuevas circunstancias de lugar y de tiempo– y el fracaso de algunas tentativas bien intencionadas provienen, en parte, de esto: escribir para las masas no es escribir para nadie, menos que nada para el hombre actual, para esos millones de conciencias humanas, esparcidas por el mundo entero, y que luchan –como en España– heroica y denodadamente por destruir cuantos obstáculos se oponen a su hombría integral, por conquistar los medios que les permita incorporarse a ella. Si os dirigís a las masas, el hombre, el *cada hombre* que os escuche no se sentirá aludido y necesariamente os volverá la espalda. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demófilos incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca de buen grado, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán jamás.

* * *

Siempre será peligroso encaramar en los puestos directivos a hombres de talento mediano, por mucha que sea su buena voluntad, porque, a pesar de ella –digámoslo con perdón de Kant– la moral de estos hombres es también mediana.

A última hora, ellos traicionan siempre la causa que pretendían servir, se revuelven airadamente contra ella. Propio es de hombres de cabezas medianas el embestir contra todo aquello que no les *cabe en la cabeza*. A todos nos conviene, amigos queridos, que nuestros dirigentes sean siempre los más inteligentes y los más sabios.

* * *

Siento –decía mi maestro– que mi vida es ya como una melodía que va tocando a su fin. Esto de comparar una vida con una melodía –comenta Mairena– no está mal. Porque la vida se nos da en el tiempo, como la música, y porque es condición de toda melodía el que ha de acabarse, aunque luego –la melodía, no la vida– pueda repetirse. No hay trozo melódico que no esté virtualmente acabado y complicado ya con el recuerdo. Y este constante acabar que no se acaba es –mientras dura– el mayor encanto de la música, aunque no esté exento de inquietud. Pero el encanto de la música es para quien la escu-

cha –páguela quien la oyere, decía Quevedo, aludiendo a la de su entierro– con un deleite que no excluye el deseo de sentirla acabada, aunque sólo sea para aplaudir; mas el encanto de la vida, el de esta melodía que se oye a sí misma –si alguno tiene– ha de ser para quien la vive, y su encanto melódico, que es el de su acabamiento, se complica con el terror a la mudez.

* * *

Que ese cielo azul que todos vemos –decía mi maestro– y al que todos llamamos azul produzca en cada uno de nosotros la misma sensación de azul, es algo improbable, y, desde luego, difícil de probar: Que el número de vibraciones del éter, que en el mundo físico corresponde a nuestra sensación de azul, sea el mismo para todos, es algo que, después de aceptado, en nada ahonda ni aumenta, ni disminuye, ni funda, ni suprime nuestra sensación de azul. Porque si la verdad es una, es una para cada uno. Y no veáis en esto que os digo la más leve contradicción. Vedla, en cambio, y muy grave, en pensar más allá de cada uno una verdad igual para todos; porque sería la más arbitraria de todas las hipótesis.

Dicho de otro modo: sólo la Nada, el gran regalo de la Divinidad, puede ser igual para todos. En su dominio

empieza y en él se consume, el acuerdo posible entre los hombres que llamamos objetividad. En él se inicia también la actividad específicamente humana del sujeto, que es, precisamente, nuestro pensar de la Nada. Digámoslo todavía de otro modo: Dios sacó la Nada del mundo para que nosotros pudiéramos sacar el mundo de la nada, como ya explicamos, o pretendimos explicar, en otra ocasión.

* * *

En verdad que el *Memento mori* –añadía Mairena– no sueña siempre a tiempo entre los filósofos, merced a lo cual la existencia humana, cuya totalidad no puede ser pensada sin pensar en la muerte, su indefectible acabamiento, se va distanciando con exceso de la filosofía, para convertirse en tema de reflexiones demasiado triviales. Al mismo tiempo, una filosofía que pretende saltarse el gran barranco, o construir a su borde, tiene algo de artificial y pedante, de insincero, de inhumano y, me atreveré a decirlo: de antifilosófico. Por miedo a la muerte, huye el pensamiento metafísico de su punto de mira: el existir humano, lejos del cual toda revelación del ser es imposible. Y surgen las baratas filosofías de la vida, del vivir acéfalo, que son todas ellas filosofías del crimen y de la muerte.

* * *

Incierto es, en verdad, lo porvenir ¿Quién sabe lo que va a pasar? Pero incierto es también lo pretérito, ¿quién sabe lo que ha pasado? No dudo que haya en nuestra conciencia una pretensión a fijar lo pasado, como si las cosas pudieran hacerse inmutables al pasar de nuestra percepción a nuestro recuerdo. Pero si lo miramos más de cerca, veremos que el *devenir* es *uno*, y que es su *totalidad* (porvenir–presente–pasado) lo sometido a constante cambio. También es cierto que, como el punto de mira y los puntos de referencia varían de continuo –cuantitativa y cualitativamente– ningún acontecimiento de nuestro pasado ha de aparecernos dos veces como exactamente el mismo. De suerte que ni el porvenir está escrito en ninguna parte, ni el pasado tampoco. Y no digo esto para que os burléis de los historiadores, que siempre merecerán nuestro respeto, sino para que seáis más indulgentes con sus errores. Tampoco habéis de pitorrearos de los profetas; porque la pretensión de ver lo futuro no es mucho más usuraria que la jactancia de conocer lo pasado, en la cual todos hemos alguna vez incurrido.

Me diréis que, de lo pasado, siempre podremos afirmar algo con relativa seguridad, y que el hecho de que Bruto matase a César parece cosa bastante más firme y

averiguada, que lo sería el hecho contrario, a saber: el de que César hubiera podido matar a Bruto. En eso tenéis razón. Pero ¡qué poca cosa es saber que Bruto mató a César! Porqué, cuándo, cómo –exactamente– y aun las circunstancias más nimias que concurrieron en aquel magnicidio, son cosas que estaremos averiguando hasta la consumación de los siglos.

* * *

Esta cualidad indefinible, que hace de lo pasado algo que puede trabajarse y aun moldearse a voluntad, es causa de que algunos hombres de fantasía hayan preferido ser historiadores a ser novelistas o narradores de hechos insólitos.

* * *

Lo que hará algún día insoportable la lectura de muchos libros actuales de *amena literatura*, es el cúmulo de detalles insignificantes e impertinentes que en ellos advertimos. «Pepe Ricote –es un ejemplo–, había llegado a los Cuatro Caminos en el tranvía de Chamberí por Hortaleza, como pudo llegaren el no menos frecuente tranvía de Chamberí por Fuencarral, que había salido siete minutos

antes de la Puerta del Sol». Al hombre que llena de párrafos semejantes más de trescientas páginas, solemos llamar: novelista.

* * *

Es muy posible –decía Mairena a sus alumnos– que algún día nos pese el haber hecho una crítica sobradamente negativa de nuestros modos de vida, de nuestras costumbres y aun de nuestros ideales, sin haber previamente meditado sobre la calidad metafísica –quiero decir de última y absoluta realidad– de aquellos valores cuya ausencia entre nosotros lamentábamos, o cuya posesión deseábamos, por sólo verlos realizados en otros países, y sobre la calidad de aquellos valores que, por ser. Más nuestros, hubiéramos podido oponerles. Habitados a evaluar mediante una estimativa arbitraria o exótica, llegamos a pensar –con harta injusticia– que, en momentos trágicos y decisivos de nuestra vida, a España la salvaban sus vicios, cuando sólo merced a sus virtudes salía a flote. Hay mucho de *dandysmo* superficial y aun de *monería de la linterna mágica* nuestra crítica.

* * *

Es el descontento, amigos queridos, la única base de nuestra ética. Si me pedís una piedra fundamental para nuestro edificio, ahí la tenéis.

* * *

La unión constituye la fuerza. Es una noción elementalísima de dinámica contra la cual nada tendríamos que oponer, si no hubiera tontas y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretenden acomodarla a sus propósitos, y que propugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse.

* * *

Es más difícil estar a la altura de las circunstancias que *au dessus de la mêlée*.

* * *

Si algún día España tuviera que jugarse la última carta –habla Juan de Mairena– no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados

por el mero hecho de haber nacido. Porque éstos la jugarían valientemente, quiero decir desesperadamente, y podrían ganarla. Cuando menos, salvarían el honor, lo que equivaldría a salvar una España futura. Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos. Habrían perdido la última carta de su baraja y no tendrían carta alguna que jugar en la nueva baraja que apareciese, más tarde, en manos del destino.

* * *

Si os encontráis algún día sitiados, como los numantinos, pensad que la única noble actitud es la numantina, la que la historia, corregida por la leyenda, atribuye a Numancia.

* * *

Para alcanzarlas se siguen muchos senderos descaminantes y desorientadores, por desdén de la amplia vía de la razón, que es camino de todos, aunque no todos, sino muy pocos, sepan adonde conduce. El gran pecado de nuestro tiempo –decía Mairena a sus alumnos–, en que muchos se buscan y casi nadie se encuentra a sí mismo, es el apartamiento de las calzadas imperiales, y la cons-

tante búsqueda de los falsos atajos y de las sendas caprichosas, que no llevan a ninguna parte. Con fútiles pretextos, hemos abandonado la metafísica, el pensar metafísico que es el específicamente humano, abierto a la espontaneidad intelectual y a los cuestionarios infantiles, para seguir las líneas tortuosas de dandysmo delicuescente, o de una madurez embrutecida por la fatiga y el alcohol.

¡Bah! ¿Renunciaríamos a navegar, que es caminar entre las estrellas, porque las estrellas no puedan cogerse con la mano?

* * *

Aconsejaba Juan de Mairena a sus alumnos la máxima tensión del pensamiento, el uso pleno y aun el abuso de la lógica. Antes de recusar por inservible o insuficiente un instrumento, hay que someterlo a todas las pruebas, agotar todos sus posibles oficios.

Esto, como tantas cosas, lo vieron los griegos mejor que nadie. De aquel su abundante sofística, su desenfundado empleo de la lógica, sobre los dos temas esenciales de su pensamiento (el heraclitano y el eleático), antes que intentara Platón la gran síntesis del alma helénica en su mítica teoría de las ideas.

* * *

Suele vivir el hombre crucificado sobre su propia vanidad, literalmente asado sobre las ascuas de su negra honrilla. Es condición humana este cruel suplicio –añadía Juan de Mairena– y no es justo que pierda totalmente nuestra simpatía quien lo padece. Pero también es condición del hombre el afán de mejorar esta condición, y aun la posibilidad de mejorarla, quiero decir, en este caso, de libertarse un poco de la cruz y las ascuas supradichas. Y nuestra mayor estimación irá hacia aquellos hombres que lo intentan, aunque no siempre lo consigan, a saber, hacia los hombres de espíritu filosófico que suelen pensar, más por amor a la verdad, que por amor al hombrecillo que todos y cada uno de nosotros llevamos a cuestas.

* * *

Reparad –añadía Juan de Mairena– que las filosofías más profundas apenas si persiguen otra finalidad que la total extirpación del amor propio; lo que quiere decir que es meta tan alejada que nadie puede temer alcanzarla. Porque también es el filósofo –digámoslo de pasada– el hombre que no quisiera dar nunca en el blanco hacia el cual dispara, y para ello lo pone más allá del alcance de

toda escopeta o por el contrario (que viene a ser lo mismo) el hombre que se coloca en el blanco a que todos apuntan, convencido de que es allí donde no pueden caer las balas.

* * *

Tiempo es ya, tiempo es acaso todavía, de que los españoles intentemos los más hondos análisis de conciencia. ¿A dónde vamos? ¿A dónde íbamos? Preguntas son estas que llevan aparejadas otras, por ejemplo, ¿con quiénes vamos? ¿quiénes van a ser en lo futuro nuestros compañeros en el viaje de la historia? ¡Si la guerra nos dejara pensar!...

Pero la guerra es un tema de meditación. Los filósofos no pueden eludirlo en nuestros días. Ciertamente que para ellos la guerra plantea un problema difícil. Dentro de la guerra hay un deber imperioso, que el filósofo menos que nadie puede eludir: el de luchar y si es preciso el de morir al lado de los mejores. Para luchar, empero, hay que tomar partido, y ello implica una visión muy honda de los propios motivos —ciertamente tan honda que se les vea coincidir con las razones— y otra, digámoslo sin rebozo, demasiado turbia y harto superficial de los motivos del adversario. Esto pudiera cohonestar la conducta del

filósofo que, para meditar sobre la guerra, pide apartamiento, del hombre que se abstiene *filosóficamente* de opinar, lo que, en cierto modo, supone abstención de la lucha. Más en oposición a esta exigencia de distancia para la visión, hay otra de vivencia (admitamos la palabreja) que toda honda visión implica. Y acaso sea algo frívola la posición del filósofo cuando piensa que la guerra es una impertinencia que viene por sorpresa a perturbar el ritmo de sus meditaciones. Porque la guerra la hemos hecho todos y es justo que todos la padezcamos; es un momento de la gran polémica que constituye nuestra vida social; nadie con mediana conciencia puede creerse totalmente irresponsable. Y si la guerra nos aparece como una sorpresa en el ámbito de nuestras meditaciones, si ella nos coge totalmente desprevenidos de categorías para pensarla, esto quiere decir mucho en contra de nuestras meditaciones, y en pro de nuestro deber de revisarlas y de arrojar no pocas al cesto de los papeles inservibles.

* * *

No falta quien piense que el miedo a las terribles consecuencias de la guerra puede evitar la guerra. Esto es pedir al miedo lo que el miedo no puede dar, como el olmo no puede dar peras. Es, por el contrario, el miedo el

más importante resorte polémico. Por eso se le aguzan los dientes o se le arma hasta los dientes.

* * *

Pero hablemos de cosas serias. Nada hay tan desgraciado como aquello que nos obliga a ser graciosos. Por lo demás, yo os aconsejo –hubiera dicho Mairena– que no aspiréis nunca a profesionales de la gracia, porque no hay cosa que tanto amanere y resfríe el ingenio como el creerse obligado a ser gracioso. La gracia es, generalmente, cosa de tejas arriba, de donde –todo hay que decirlo– también nos pueden llover cosas que *no tienen maldita la gracia*; y cuando lo sea de tejas abajo, está sometida a la sentencia popular, que encierra la solearilla andaluza.

(Pa tener gracia
se ha menester reunir
muchas circunstancias)

Y nadie hay que pueda jactarse de todas ellas.

Reparad en cuanta gracia pierde el niño el día en que averigua que su propia infantilidad es graciosa. Es el día crítico, mejor diré catastrófico de la infancia, en que empieza el derrumbe de su infantilidad y, por descontado, de su gracia infantil.

* * *

Tampoco habéis de casaros –habla el maestro de Retórica– con la seriedad, jaleándoos a vosotros mismos, con el nombre de sacerdotes de las letras o de las artes. Porque daréis en sacristanes para toda la vida. ¡Ojo a esto, que es muy grave!

* * *

Disimulad, amigos queridos –decía Juan de Mairena– si alguna vez parece que pretendo yo echármelas de crítico y hasta de crítico de teatros. A nada aspiro yo menos que a eso. Alguna vez escribí algo destinado a la escena, más nunca pretendí oficiar de portero, para que nadie pasase a ella sin hablarme. Contra la crítica de entonces guardo yo algunos rencorcillos, y a curarme de todos ellos aguardo para decir todo lo malo que pensaba de ella muy antes de soportar sus impertinencias o, al par que las soportaba, cuando recaían en alguien mucho mejor que yo y se convertían en verdaderas insolencias. En verdad poca importancia podían tener las tachas que se ponía a mis comedias, y que no coincidían, ni por casualidad, con sus muchos defectos, cuando al creador de todo un teatro se le decía: ¿por qué no se dedica usted a otra

cosa? Contra estos desmanes de almogávares del escalpelo habéis de estar en guardia, para nunca incurrir en ellos.

En general, yo os aconsejo que nunca os arrepintáis de los elogios sinceros que prodigáis a la obra de vuestro vecino; porque ello es señal de que algo bueno habéis visto en ella. Y por muy pequeño que sea el acierto objetivo de esos elogios, siempre estaréis con ellos más cerca de la verdadera crítica, que si pretendéis definir una obra por sus faltas o defectos, es decir, por todo aquello de que la obra carece. Acaso esto explica por qué la crítica benévola, de buena voluntad es la única que deja rastro fecundo y porqué los más altos jueces (Cervantes, Goethe) fueron tan pródigos en el elogio.

* * *

Si dais en literatos –decía Juan de Mairena a sus alumnos– quiero decir en pretensos mágicos prodigiosos de la expresión por medio de las palabras, no habéis de olvidar que lo verdaderamente taumatúrgico –*obrador* del portento– consiste en hacerse comprender por las mismas piedras de la calle. Que sea esta empresa la que tiene vuestra ambición, y no la contraria, también difícil aunque no tanto: la de enturbiarle las ideas a quienes

más claras las tenían. Os digo esto pensando que no habéis de apartaros por completo del culto supersticioso a la dificultad, que es propio de los virtuosos de todas las artes.

MADRID: CUADERNOS
DE LA CASA DE LA CULTURA
(febrero de 1927)

También la cultura –habla Juan de Mairena a sus alumnos– necesita ser podada, en beneficio de sus frutos, como los árboles demasiado frondosos. Y a falta de una poda consciente y sabia, bueno es el huracán. Muchas veces ha sido, muchas veces será a través de la historia, sacudido el árbol de la cultura por un fuerte vendaval de cinismo: quiero decir de *elementalidad* humana. No hay que asustarse, amigos míos: la historia procede por vendavales, y en el declive de muchas civilizaciones sopla el cinismo con demasiada frecuencia. ¿Es el árbol mismo de la cultura lo que peligra? No lo creo. Muchas hojas secas se lleva ese viento y, de paso, algunas ramas, no todas superfluas. Mas cuanto el árbol pierde en la espesura de su ramaje puede ganarlo en el vigor de su savia, en la hondura sus raíces, a última hora, en la sazón de sus frutos.

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN:
TEXTOS Y DOCUMENTOS
(junio de 1937-abril de 1938)

Si algún día –sigue hablando Mairena– la tontería humana, en su perfecta madurez, llega a proclamar la necesidad de la guerra, la dignidad de la guerra, y hasta la alegría de guerrear, puede asegurarse que el *Homo sapiens*, de Linneo, engendró un *Homo stupidus*, que va a adueñarse de los destinos del hombre. Y que ya no sabemos lo que puede pasar.

LA VANGUARDIA
(27 de marzo de 1938-6 de enero de 1939)

Nada os importe –decía Juan de Mairena– ser inactuales, ni decir lo que vosotros pensáis que debió decirse hace veinte años; porque eso será, acaso, lo que pueda decirse dentro de otros veinte. Y si aspiráis a la originalidad, huid de los novedosos, de los noveleros y de los arbitristas de toda laya. De cada diez novedades que pretenden descubrirnos, nueve son tonterías. La décima y última, que no es una necesidad, resulta a última hora que tampoco es nueva.

* * *

Quien avanza hacia atrás huye hacia adelante. Que las espantadas de los reaccionarios no nos cojan desprevenidos, dijo Juan de Mairena hace ya mucho tiempo.

* * *

Hay demasiado polemismo en la paz –decía Juan de Mairena a sus alumnos– para que, de cuando en cuando, no estalle la guerra entre los pueblos, parte como suma y homogenización total de copiosas rencillas, parte también, como acuerdo pacífico o tregua dentro de casa, para que todos los moradores de ella puedan consagrarse, con cierta alegría, a la demolición de la casa vecina. (Donde decimos «casa» léase «nación»). El hombre, en su aspecto de *Homo faber*, es constructor de máquinas, y las fabrica de guerra, con lo cual atiende a dos fines, que él estima humanos: Primero. Consagrar los trabajos de la paz a la preparación de la gran contienda. Segundo aquietar su conciencia, objetivando sus malas pasiones, desubjetivizándolas hasta hacerlas individualmente inocuas. Cierto que esas máquinas serán mucho más destructoras que la quijada asnal que esgrimió Caín; pero no ha de haber más odio en el técnico que las ponga en movimiento que hubo en su constructor. El hombre sobradamente batallón de la civilización occidental va para buena persona, excelente padre de familia, que gana el pan cotidiano contribuyendo, en la modesta medida de sus fuerzas, al futuro aniquilamiento de la especie humana.

* * *

En agudo contraste con Shakespeare, ese gigante creador de conciencias, y con Milton el puritano, dos grandes poetas que son, sin duda, dos grandes hombres, aparece en Inglaterra más tarde, en la cumbre del dieciocho, Alejandro Pope, un excelente poeta, a través de cuyos escritos, algunos impecables, se trasluce una mala persona, mejor diré un hombre pequeño, esquinado, resentido, el espolón de cuyo ingenio se afila en la carne del prójimo. Una degeneración suya es el literato de tipo «acreedor», quiero decir de hombre a quien, no sabemos por qué, parece que siempre se le debe algo. Se diría que este hombre –que rara vez logra objetivar sus motivos– no coge la pluma sino para vengar algún pequeño agravio personal o reclamar una pequeña deuda. Su agresividad es siempre *ad hominem*, pero nunca de radio metafísico, como en nuestro Miguel de Unamuno. Este hombre segrega una cierta baba difusa que todo lo mancha, y en la cuál es él mismo quien se anega. Visto a la luz de la guerra, ha de aparecer como un ave de otro clima. En verdad, pertenece al pequeño mundo polémico de la paz.

* * *

Entretanto hagamos vaticinios a la manera de Juan de Mairena, quiero decir, de un profeta que no tuvo nunca la usuraria pretensión de acertar. Por ejemplo: «El Oriente se occidentaliza –no olvidemos nunca el empleo de las frases ingeniosas e impresionantes– al par que el Occidente parece cada vez más desorientado. Cada día, en verdad, sabemos menos por dónde va a salir el sol. La técnica del Occidente y, con ella, su cultura harto dinámica, yo diría –mejor– cinética, está obrando horrores fuera y dentro de su casa. Porque, no sólo «se asesinan los hombres en el Extremo Este», como cantaba el gran Rubén Darío (mucho más grande que todo cuanto se ha dicho de él), sino que, también, en el «Extremo Oeste» se está ensayando, con el más vil asesinato de un pueblo que registran los siglos, la reducción al absurdo y al suicidio, más o menos totalitario, de la cultura occidental. Y cuando ésta fallezca, como dicen que muere el alacrán cercado por el fuego, ¿qué va a pasar? De bueno o de mal grado, habrá que orientalizarse un poco. Esperemos que, antes, lleguen los sabios a un mediano acuerdo sobre la rosa de los vientos, y posición aproximada de los cuatro puntos cardinales.

* * *

Si la vida es la guerra, decía Juan de Mairena, ¿por qué tanto mimo en la paz? Pero nada hemos de concluir contra el sentido cordial de la vida. Existen afectos humanos muy profundos, cariños paternos, filiales y fraternos, que, aun confinados en los estrechos límites de la familia, son depósitos sagrados, cuando no fecundos manantiales de amor. De ningún modo hemos de envenenarlos o contribuir a que se aminoren y extingan. Debemos confesar, sin embargo, que son insuficientes, no ya para asegurar la paz, la cual –digámoslo de pasada– es poca cosa por sí misma, y, asentada sobre la iniquidad, muy inferior al estado de guerra, sino para asegurar la amorosa convivencia, humana. Y no sólo son insuficientes, sino tales como aparecen, negativos. La familia, esa célula social a que aludía Augusto Comte, cuando carece de un sentido religioso, quiero decir de un sentido cordial de radio infinito, aunque trascienda por mera analogía de los vínculos más estrechos de la sangre, tiende a encerrarse en un contorno arisco, y a constituirse en entidad polémica, en la cual el egoísmo aparece más acusado que el mero individuo. Y, siguiendo esta ley, son más peleonas las tribus que las familias, las ciudades que las tribus, las naciones que las ciudades, las federaciones de potencias que las

naciones mismas, y cuando todos los hombres de un continente o de una raza se unan bajo una misma bandera o un mismo color, constituirán los más abominables equipos de pelea, dispuestos *tomarse* –como decía Don Quijote– con los hombres de otros continentes o de piel diversamente colorida. Tienden los hombres al homicidio en masas cada vez mayores, y, para ello, perfeccionan hasta lo infinito la asnal quijada abelizada: que en esto consiste el tercio, por lo menos, de lo que suele llamarse *fecundas actividades* de la paz. Y ello es tan perfectamente lógico como profundamente monstruoso. Lo que se extiende y se generaliza, lo que se objetiva y, en cierto modo, se racionaliza, lo que tiende a *totalizarse*, no es el sentido fraterno de la vida, el amor de hombre a hombre y, en cierto sentido, el culto al hombre esencial, al hombre como capaz de libertad y de superación de sus fatalidades zoológicas, sino estas fatalidades mismas, a saber: el egoísmo genésico y la voluntad de perdurar en el tiempo, con desdén de toda espiritualidad, su apego al interés material de la especie, y, sobre todo, su capacidad para la pugna biológica y para el trabajo puramente cinético. Sé muy bien lo que digo, aunque acaso no acierte a expresarlo con entera justeza. Una enorme oleada de cinismo, o si os place, mejor, *de realismo*, nos arrastra a todos. La labor dominante de la cultura occidental –sin excluir ni a su

ciencia ni a su arte ni a su metafísica– tiende a despojar al hombre de todos sus atributos divinos... ¡Perdón! Cuando digo *divinos* quiero decir *humanos*, aquellos por los cuales el hombre excede o se diferencia de otros grupos zoológicos enteramente sometidos a sus fatalidades orgánicas. Y en esta corriente tan esencialmente batallona, que es la guerra misma, ¿cómo pensar que la guerra, ni aun la totalitaria, pueda ser enfrenada? Sin la tendencia de sentido contrario, a saber: la amorosa, la ascética, la contemplativa, la espiritual, de la cual sacamos toda nuestra retórica y muy poco de nuestras realidades efectivas, es muy difícil que lleguemos a intentarlo siquiera. Perdonad que me haya apartado tanto del tema concreto que me propuse tratar: las bombas criminales sobre las ciudades abiertas. Porque escribo a la luz de una vela, en plena alarma, y son estas mismas aborrecibles bombas, que están cayendo sobre nuestros techos, las que me inspiran estas reflexiones.

* * *

Casi todo cambia –habla Juan de Mairena a sus alumnos–, sin que esto quiere decir que, como suelen pensar los viejos progresistas, casi todo haya de mejorar con el tiempo, sin que tampoco ello nos obligue a afirmar lo contrario, a

saber, que el cambio en el tiempo solo supone desgaste y deterioro; porque también en el tiempo florecen los rosales y maduran las brevas. Casi todo cambia, amigos míos, y no digo *todo*, a secas, por quitar rotundidad y *absolutez* a mis afirmaciones, y, además, porque hay gran copia de hechos insignificantes, como el de haber nacido en viernes, por ejemplo, que los mismos dioses no podrían mudar. Son éstos los hechos por cuya averiguación se pirran los eruditos, ansiosos de verdades incommovibles y que nosotros desdeñamos con demasiada frecuencia.

Casi todo cambia; digamos mejor, que cambia todo lo importante y profundo; y lo que parece quedar como inmutable es puro símbolo. Así pensamos al menos los hombres de fe heraclitana, contra el célebre aforismo goethiano que parece afirmar todo lo contrario. Y lo que está más sometido a cambio, amigos míos, es lo que solemos llamar, *el pasado histórico*, el cual, en cuanto vive en nuestras almas, es decir, en cuanto es algo, claro está que cambia, además y necesariamente, en función de lo que esperamos o tememos del porvenir. De suerte que lo más modificable, lo más revisable y, en cierto sentido, lo más reversible es todo aquello que creíamos cumplido y consumado definitivamente en el tiempo. Quedan, en cambio, y se sobreviven, las palabras, los signos con que ayer señalábamos algo muy importante, que es hoy muy otra

cosa. Bien hacía el Príncipe Hamlet en desdeñar las palabras. Él sabía, sin embargo, que nada hay en la vida del hombre que dure tanto como ellas.

ÍNDICE

Una educación sentimental 5
por Francisco Fuster

Nota a la edición 15

Consejos y aforismos 17